



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá



El chingolo

El chingolo, ese pajarito travieso que todos tenemos en nuestro patio y que, desenfadado y familiar se introduce hasta en las piezas en busca afanosa de alimento, no camina: anda a saltitos y su cuerpo vivo, ágil y graciosamente delineado descansa sobre un par de patitas delgadas y frágiles. Esta manera de andar a saltos es el resultado de una maldición con que fue castigada su audacia. Antes su plumaje era de un color dorado y brillante como el del picaflor, pero se le volvió oscuro y deslucido a raíz, también, de esa maldición.

Presuntuoso, soberbio, engreído con su vuelo rápido y seguro, el chingolo hallábase un día en lo más alto del campanario de una iglesia antigua. Una chingolita tan linda y viva como él estaba a su lado. La torre era ancha, toda de piedra, y parecía hecha para mantenerse erguida una eternidad. [134] Los siglos resbalaban sobre ella dejándola intacta, sin más rastros que la pátina oscura de su sagrada vetustez...

Las dos avecillas discurrían alegremente a lo largo de las cornizas; subían, bajaban, daban vueltas, no paraban un instante. Eran como un temblor de luz en el oro puro del sol.

El chingolo hacía prodigios de agilidad y donaire para lucirse ante la pajarita y, pareciéndole que todo su alarde de fuerza y empaque era poco, se detuvo, afianzó las

frágiles patitas en la veleta de hierro macizo e hinchado de vanidad y de suficiencia al ver al sol fulgir en su plumaje, dijo así a su compañera.

-«¿Sabes? Si yo quisiera de una patada echaría abajo esta torre.»

La pajarita rió con malicia la audacia. El soberbio sintiose ofendido y, para demostrar su fuerza, dio una patadita contra la torre... La torre siguió en su inmovilidad centenaria, pero una ráfaga silbante de aire negro y pesado envolvió y arrebató al ave que cayó desde lo alto de la cúpula.

Cuando el chingolo pretendió caminar con su habitual arrogancia, se sintió impedido: torpe y desgarrado resultó [135] su andar, tal como si unos grillos invisibles lo sujetaran fuertemente. Al verle así la chingola se horrorizó de su desairado porte y huyó negándole su cariño. El chingolo lloró, lloró tanto que sus lágrimas apagaron el fulgor de su plumaje. Cuando con su cuita llegó junto a su madre, esta lloró y enfermó de pena.

Desde entonces el chingolo exhala⁽¹⁸⁾ su queja en el doliente *chesy-jhasy*. [

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario